

La letra se desviste en Latinoamérica: una reflexión sobre la noción de *excritura*

The Undressing of the Letter in Latin America:
Reflections on the Notion of *Exscription*

Josselyn Añazco Torres

yoyita.a12@gmail.com

17, Instituto de Estudios Críticos

Fecha de envío: 07/03/2026

Fecha de aceptación: 28/07/2026

DOI: <https://doi.org/10.18272/anima.v6i.4230>



Resumen

Este ensayo reflexiona sobre la noción de lo *excrito*, desarrollada por Jean-Luc Nancy, como una herramienta crítica para pensar la literatura latinoamericana contemporánea y sus alcances literarios, sociales y políticos. A partir de los aportes crítico-teóricos de Josefina Ludmer, Maurice Blanchot, Cristina Rivera Garza, Eleonora Cróquer y Diamela Eltit, se analiza cómo la *excritura* desestabiliza nociones tradicionales de autoría, cuerpo, lenguaje y autonomía literaria. Mediante la exploración de escrituras fragmentarias, imaginaciones colectivas y prácticas postautónomas, el texto propone la *excritura* como una posibilidad estética y política para leer el presente latinoamericano. Así, la literatura se concibe no como representación, sino como una práctica material, relacional y abierta a nuevas epistemes.

Palabras clave:

literatura latinoamericana, postautonomía, cuerpo, estética, política, estudios literarios, escritura fragmentaria, autoría plural

Abstract

This essay reflects on the notion of the *exscribed*, developed by Jean-Luc Nancy, as a critical tool for thinking about contemporary Latin American literature and its literary, social, and political implications. Drawing on the critical-theoretical contributions of Josefina Ludmer, Maurice Blanchot, Cristina Rivera Garza, Eleonora Cróquer, and Diamela Eltit, it analyzes how *exscription* destabilizes traditional notions of authorship, body, language, and literary autonomy. Through the exploration of fragmentary writings, collective imaginations, and post-autonomous practices, the text proposes *exscription* as an aesthetic and political possibility for reading the Latin American present. Thus, literature is conceived not as representation, but as a material, relational practice open to new epistemes.

Keywords:

Latin American literature, post-autonomy, body, aesthetics, politics, literary studies, fragmentary writing, plural authorship

Parto, es decir, me abro, o tal vez quiero referirme a que zarpo de una idea que me arroja Josefina Ludmer, aquella de que Latinoamérica es el terreno propicio para especular nuevos presentes. En su libro *Aquí Latinoamérica*, la ensayista y académica argentina plantea la ficción especulativa como un género literario que busca «postular un aquí y ahora desde donde se usan» (10). Crear presente es una tarea interpretativa que se realiza de manera anónima y colectiva; a esto, la autora le ubica el nombre de imaginación pública: «Lo público es lo que está afuera y adentro, como íntimo-público. En la especulación nada queda solo adentro: el secreto, la intimidad y la memoria se hacen públicas» (10). Señalo esta cita puesto que me lleva al título de este texto, donde quiero aludir a la corporeidad de la letra para desvestirla y relacionarla con su condición *excritural*; es decir, aquella que no señala su adentro ni su afuera, su ropaje ni su desnudez, sino su apertura —o elongación, si se quiere— para encontrar una nueva episteme.

Sin embargo, antes me es preciso asumir la encrucijada metodológica a la que nos expone esta búsqueda. Lejos de ralentizar la potencia de este pensamiento, se vuelve necesario reconocer la cercanía de un horizonte eurocentrista que nos entrega herramientas teóricas —en este caso, de la mano de Jean-Luc Nancy y Maurice Blanchot—, pero que abre un pliegue que, desde Latinoamérica, se asume críticamente. Se trata, entonces, de desplazar y desbordar tales nociones para que resulten consecuentes con las urgencias de nuestra realidad cultural, política y social.

«La desnudez de la escritura es la desnudez de la existencia. La escritura está desnuda porque escribe, la existencia está desnuda porque es escrita» (Nancy, *Corpus* 45). Lo *excrito* es presentado por Nancy como una forma de tocar el extremo, un estremecimiento que es exterior al cuerpo, imposible de tragar e, incluso, de nombrar. Es a partir de esta noción que la académica y pensadora venezolana Eleonora Cróquer Pedrón hace germinar un concepto derivado de Nancy: la *excritura* para el contexto latinoamericano, proponiendo «excribir Æliteratura, en el entendido de la excritura (Nancy) como una escritura más situada del lado del Real, que puesta al servicio de lo Simbólico —una escritura negativa o crítica, en este sentido...». Para Cróquer, esta práctica descentrada la lleva a usar la *mayúscula barrada* (Æ) para así incorporar en el campo de estudio literaturas que trabajen desde lo fragmentario, lo plural, lo incompleto y lo heterogéneo. De manera que nos referimos a una escritura que no se queda en la búsqueda incesante de significado, sino que se ubica en el límite o borde: es pensamiento que toca y, por tanto, está vivo.

«Cuando escribo, esta mano ajena ya se ha deslizado en mi mano que escribe» (Nancy 19). La *excritura* no responde a una dirección fija ni determinada, sino a un movimiento en el que los destinatarios son desplazados hacia una posición singular sin ser capturados; el sentido se derrama así fuera de sí mismo. Se trata de convocar a un lector que es interpuesto en un horizonte dinámico e incierto: un lector maleable, pero también intensamente crítico. Esta noción *excritural* aporta a la reflexión en la literatura latinoamericana de maneras múltiples, abarcando una serie de engranajes que se enlazan entre sí para enfrentar el confuso y a veces paradójico presente que nos atañe. Asimismo, nos sitúa ante la tarea política y estética de hacer visibles y nombrar aquellas zonas y dinámicas de la experiencia común que son alteradas, disputadas o redistribuidas a través de las prácticas de escritura.

1

Ejerciendo mi tarea de lectora —esto es, activamente crítica pero nunca impermeable—, me confronta la materialidad del lenguaje y de lo *excrito* en la novela *Lumpérica*, de la chilena Diamela Eltit. Cuando la autora enuncia: «reviente en la letra la pesadilla de estas noches» (42), hace operar en el tejido textual algo que excede la mera metáfora y se ubica, más bien, en ese límite —precisado por el filósofo y ensayista español Isidro Herrera— entre lo escrito y el grito. A través de esta homofonía, advertimos «la “presencia” del grito [*le cri*] en lo escrito [*l'écrit*] en la forma de lo excrito [*l'excrit*], que es un grito que no tiene como objeto que sea escuchado por un oído —puesto que estando sumido en su escritura no puede alcanzarlo—» (Herrera 60).

Como resultado de este roce con el grito, la letra no solo se desviste, sino que también se fragmenta, implosiona y se desestabiliza. En la propuesta de Eltit esto se vuelve evidente: su texto fragmentario, poético y de tintes performativos sitúa la acción en una plaza pública donde, a partir del desarraigo de los personajes, se abre un balanceo sobre el lenguaje que lo expone como insuficiente y deja la narración insatisfecha. Por ejemplo, en el capítulo seis de la novela se introducen breves fragmentos en verso que reflexionan sobre la escritura en tanto desatino, ficción, sentencia, evasión y abandono. Más adelante, en el capítulo ocho, la autora desajusta formalmente la sintaxis al inscribir: «Analíza la trama = dura de la piel: la mano prende y la fobia d es/garra» (143). Como bien señala Eleonora Cróquer, esta es una práctica donde la letra se vuelca hacia lo Real;

por consiguiente, el cuerpo de la protagonista en la plaza y el cuerpo del texto se excriben mutuamente al presentarse inconclusos, despojados de significación oficial, pero ardientes de sentido.

Es la escritura del desastre que promete desacomodar; un proceso que busca des-totalizar el lenguaje. «La lasitud ante las palabras, también es el deseo de las palabras espaciadas, rotas en su poder que es sentido, y dentro de su *composition* que es sintaxis o continuidad del sistema» (Blanchot 15), dice el filósofo francés Maurice Blanchot. Sin embargo, desacomodar el lenguaje es también movilizar las grandes narrativas: es cuestionar lo establecido y preguntarse por nuevas alternativas políticas; es decir, agenciamiento de los cuerpos. La propuesta fragmentaria se sostiene en su propio desastre y busca, más que el sentido, un derrame de este. Lejos de pensar que la fragmentación es la imposibilidad de mantener algo unido, lo que anuncia es el despedazamiento de lo anteriormente acordado, de las formas y narrativas instauradas, con el fin de romper con cualquier forma totalitaria y comenzar nuevos ensamblajes.

Como resultado, se plantearía un escenario donde este desmembramiento del cuerpo escritural sirva de eje para la conformación de nuevos discursos o formas narrativas de pensarnos. ¿No es acaso esta la pregunta que se traza en Latinoamérica y el mundo entero? ¿Cómo ensayamos prácticas que desarticulen los gobiernos y narrativas totalitarias que nos acechan? Sin duda, una respuesta posible es pensar lo fragmentario en la escritura que «más que la inestabilidad (la no fijación), promete el desconcierto, el desacomodo» (Blanchot 14). Es este fuera del cuerpo, la desacomodación de órganos vitales, el lugar en el que se puede pensar en nuevas formas de especular mundos, como nos invita Josefina Ludmer. Así, la apuesta literaria se disloca del régimen lineal de escritura y comienza a plantear otras aproximaciones al lenguaje; esto es, al mundo como lo conocemos.

Entonces, la *excritura* propone una radicalidad estética y política que dialoga con los dilemas contemporáneos en Latinoamérica. Cuando pensamos en nuestros territorios, nos enfrentamos a temas como la violencia extrema en manos del narcotráfico, la deserción escolar, la pobreza y la riqueza como dos polos que conviven, los gobiernos totalitarios, la desinformación como un gran virus, la invasión de políticas coloniales como las expresadas en el extractivismo voraz de multinacionales dentro de nuestros

territorios o la imposición del pensamiento eurocentrista dentro de nuestros espacios de aprendizaje. Es un gran discurso enraizado en las bases de nuestras sociedades y que responde a años de polarización, necesidades no satisfechas y desconfianza en el futuro. Es aquí donde resuenan las palabras del *Manifiesto Latinofuturista*, donde se plantea una desestructuración del tiempo mismo: «O Teatro Latino Futurista *não se estrutura a partir de um futuro glorioso baseado no progresso e na aceleração das máquinas, mas, ao contrário, propõe uma reorientação temporal que inclui a memória do futuro, assim como a imaginação do passado e a distorção do presente*»¹ (Felipe 1). Es como si de la mano de la desarticulación del lenguaje también pudiésemos pensar en el desajuste de esta otra gran narrativa que llamamos tiempo.

En efecto, habitamos territorios convulsos, atrapados en dinámicas de violencia y precarización que amenazan con desbordarse de forma incontrollable. Frente a esta crisis incontenible, la noción de *excritura* nos abre un panorama distinto. La apuesta es fragmentar, gastar los errores, escribir solamente por incertidumbre, «encomendarse al desconcierto» (Blanchot 18). En ese gesto, la escritura se vuelve una práctica capaz de desacomodar las narrativas que normativizan nuestra experiencia política y cultural.

2

Mi cuerpo, como ningún cuerpo, está exento de poder ser acongojado o trastocado por el lenguaje. Desde la *excritura*, este toque —aunque inmaterial, con repercusiones profundamente materiales— deja de ser un acto impalpable, volátil o ajeno a su posición dentro de un territorio. La intención es reconocer que lo que hemos llamado cuerpo ha sido significado en el nombre de la ciencia y la ley durante años y, por tanto, ha respondido a una idea de lo natural, lo divino y lo encarnado que ha limitado las aproximaciones que podríamos tener de él. Frente a este cuerpo domesticado del cual hemos aprendido tempranamente —por ejemplo, en clases de ciencias naturales donde lo hemos traducido como una máquina anatómica predecible—, la *excritura* plantea un desmontaje que busca no definirlo ni fijarlo. Al negarnos a etiquetar o sistematizar el cuerpo, la *excritura* lo despoja de moldes teóricos y le devuelve su condición y realidad original: la de ser radicalmente ingobernable.

¹ «El Teatro Latinofuturista no se estructura a partir de un futuro glorioso basado en el progreso y en la aceleración de las máquinas, sino que, por el contrario, propone una reorientación temporal que incluye la memoria del futuro, así como la imaginación del pasado y la distorsión del presente» (traducción personal).

La invitación consiste en poner el cuerpo *excritural* en movimiento, desacomodarlo. En esa tarea quienes escriben se enfrentan al reto de «imaginar y producir una práctica lingüística capaz de generar un mundo alternativo a la dominación del capital» (Rivera Garza 44). Se trata de darle un lugar a la imaginación especulativa que no se limite a poetizar o contemplar el desastre, sino que intervenga de manera activa. Si el capital insiste en fragmentar puentes y privatizar las experiencias, una alternativa lingüística debe priorizar la creación comunitaria; esto es, desapropiar el texto. Abrir un espacio de comunidad nace del afán de responder a autorías plurales, en el cual varias voces se hagan presentes y representen de mejor forma los desafíos contemporáneos.

A partir de la fragmentación como metodología, se nos otorgan nuevas herramientas para desarticular el cuerpo tal como lo conocemos. Para la literatura latinoamericana, esto significa poder apostar por desarmar el corpus literario del canon al evidenciar la profunda relación política entre el cuerpo y el corpus. Lejos de ser solo un mero guiño metafórico, se trata de reconocer que ambas instancias operan bajo la misma lógica de control y jerarquización: de la misma forma que el poder colonial clasificó, explotó y domesticó los cuerpos físicos en el territorio, el canon literario instituye circuitos repetidos de exclusión. El corpus institucionalizado obliga a los autores a responder a una sola forma de hacer y de leer literatura mientras deslegitima otras. Mientras estas jerarquías canónicas posicionan ciertos órganos —autores, temas, formas estéticas—, la *excritura* nos empuja a pensar en otras formas desestabilizantes de la norma: el residuo, la fragmentación, el balbuceo.

Así como hay cuerpos que resisten, también hay literaturas que persisten en una «resistencia a la verdad representacional, a la falsedad de la transparencia del lenguaje, al entendimiento de la emancipación que sutura la existencia a la vida política y sus luchas y demandas», señala la académica Cristina Moreiras (2024) en el marco de las discusiones sobre la *excritura* y el pliegue textual. Entonces, si la *excritura* se expone por fuera del cuerpo, tiene la posibilidad de devenir; esto no es alcanzar una forma mimética, sino encontrar su zona de vecindad (Deleuze 5). Es en esta posibilidad corporal que la literatura latinoamericana puede reflexionar sobre cómo «estar entre», puesto que no apunta a una totalización representacional, sino que se sostiene en un «estar inacabado». Lejos de pensarse solitaria, es en esta incertidumbre donde se encuentran zonas de diálogo con otras extensiones, materialidades y reinos.

3

«Lejos, pues, del paternalista dar voz de ciertas subjetividades imperiales o del ingenuo colocarse en los zapatos de otros, se trata aquí de prácticas de escritura que traen a esos zapatos y esos otros a la materialidad de un texto que es, en este sentido, siempre un texto fraguado relacionamente, es decir, en comunidad» (23), menciona Cristina Rivera Garza. Suscribo plenamente este apartado dedicado a la noción de *escritura* como potenciadora de literaturas híbridas, autorías plurales y postautonomía, puesto que actúa como una fuerza de gravedad estética, pero, sobre todo, política. En esta renuncia a la propiedad privada de la palabra, el texto deja de ser el monólogo de un autor genio tocado por la inspiración y pasa a pensarse el lenguaje como un tejido social que habitamos todos. De esa forma, la escritura se convierte en un lugar de roce con el mundo exterior perdiendo su supuesta autonomía. Como resultado, los géneros literarios puros estallan al cruzar fronteras, invitándonos a *reflexionarnos* desde los límites mixtos de la periferia.

En este desvestimiento de la letra no es solamente la letra la que queda desnuda, sino también la idea del autor. Lo literario siempre ha respondido al precepto de que las ideas le pertenecen a un sujeto dotado de una inteligencia particular y a su buen manejo del lenguaje. Ahora bien, esta experiencia revela sus pliegues y porosidades cuando se aplica «una drástica operación de vaciamiento» (Ludmer, 11), dando como resultado lo que la autora llama literaturas postautónomas: un espacio donde realidad y ficción no temen confundirse. Estas «fabrican presente con la realidad cotidiana y esa es una de sus políticas» (11). Este descubrimiento, entendido como develación, es el que posibilita el surgimiento de otra episteme y de otros modos de leer, no solo la literatura, sino también la realidad latinoamericana contemporánea.

Es así como el trabajo colectivo, que se reafirma en el surgimiento de autorías plurales o de libros inclasificables, responde a una poética que «explora el adentro y afuera del lenguaje» (Rivera Garza 25), que no reniega de la revolución tecnológica, sino que le plantea preguntas, juega con ella y la hace dudar. Asimismo, aquí participan las voces «no autorizadas» de la literatura: los testimonios, los diarios, las cartas, los archivos jurídicos e históricos; voces contemporáneas que quien escribe hoy no puede ignorar. Es una decisión ética dado que, como nos recuerda Rivera Garza, la escritura y la política son indisociables.

Entonces, ¿es posible salir del *yo* cuando escribimos? ¿Y de cuál *yo* hablamos? Son las posibles preguntas que se pliegan en la piel del cuerpo textual y biológico. Nos preguntamos por nuestras propias huellas, heridas y cicatrices, las traducimos y, al hacerlo, las introducimos en una realidad compartida que no puede ser del todo ajena o ausente al disparo que escucho en la esquina de mi casa o a la saturación digital que sostengo sin control en mis manos.

He compuesto aquí una invitación que no la escribo *yo*: —¿Cuál *yo*? —¿Quién dijo eso?

«Pero entonces con la boca pegada a su mano comienza el sentido inverso de su frase. Deconstruye la frase, de palabra en palabra, de sílaba en sílaba, de letra en letra, de sonidos. Torciendo su fonética [...] Ha desorganizado el lenguaje» (Eltit 38). Ha des(a)nudado la letra.

Referencias

- Blanchot, Maurice. *La escritura del desastre*. Monte Ávila Editores, 1987.
- Cróquer Pedrón, Eleonora. «La investigación-creación en 17, como otro decir/hacer crítico posible». Ponencia presentada en el XLI Coloquio Internacional: Modelo para ensamblar. Responder al siglo XXI, 17, Instituto de Estudios Críticos, Ciudad de México. Material de distribución interna.
- Deleuze, Gilles. «La literatura y la vida». *Crítica y clínica*, Anagrama, 1996.
- Eltit, Diamela. *Lumpérica*. Ediciones Vestigio, 2020.
- André Felipe. *Manifiesto latinofuturista*. Material mimeografiado.
- Herrera, Isidro. «Lo excrito de lo excrito». *Mnemosine*, vol. 13, no. 2, diciembre de 2017, pp. 48-68, <https://www.e-publicacoes.uerj.br/mnemosine/article/view/41730>.
- Ludmer, Josefina. *Aquí Latinoamérica: Una especulación*. Eterna Cadencia, 2010.
- Ludmer, Josefina. «Literaturas postautónomas 2.0». *Revista Z Cultural*, <https://revistaz-cultural.pacc.ufrj.br/literaturas-postautonomas-2-0-de-josefina-ludmer/>.
- Moreiras, Cristina. «Excritura». *El obligado paso a la escritura. Homenaje a Néstor Braunstein*, Conferencia XXXVI Coloquio Internacional, 17 de mayo de 2024, Instituto de Estudios Críticos, Ciudad de México.
- Nancy, Jean-Luc. *Corpus*. Arena Libros, 2003.
- Nancy, Jean-Luc. *Un pensamiento finito*. Anthropos, 2002.
- Rivera Garza, Cristina. *Los muertos indóciles*. Tusquets Editores, 2013.